

LA VENTANA

No pasaba nada interesante en el barrio desde hacía tiempo, según me habían contado. Y sin embargo, aquella misma semana en la que me mudé a mi nuevo piso de alquiler sucedió algo inédito. Al menos para mí y para las vistas desde mi ventana. El cuarto piso del edificio de enfrente, junto con la vivienda que ocupaba yo, habían quedado desocupadas por una desgracia que nadie supo explicar. El mismo propietario del piso se había llevado a la tumba lo que realmente sucedió en aquella ocasión (literalmente). Mi arrendador, por su parte, había perdido totalmente la cordura y del alquiler se hizo cargo su hijo poco después de firmar el contrato conmigo, que tampoco sabía decir qué fue lo que sucedió.

Hacía más de cuatro años que las persianas de aquella planta, junto con las mías, no se habían vuelto a subir para descubrir el interior, y aún abiertas era difícil distinguir cualquier mueble por unas tupidas cortinas blancas que ondeaban muy pesadas con el viento. Nadie supo lo que pasó hace años, nadie sabía lo que pasaba en aquel preciso instante. Nadie le daba la importancia que mi cabeza, como ejemplo rápido de indagación intensa, quería darle. Quizás en mí sí que cuajaba cierta curiosidad porque cada vez que pasaba por la calle miraba aquellas persianas bajadas todos los días, tan sólidas e infranqueables, sepultadas por una gruesa capa de polvo, por fin alzadas. Cuatro años de absoluta quietud y silencio: esa fue toda la información que recibí.

Por suerte, ese día soplaba el viento un poco más fuerte de lo habitual, y las cortinas ondearon hasta crear un hueco suficientemente amplio como para distinguir una figura humana que miraba en mi misma dirección. Un hombre viejo sentado en una silla de madera con un respaldo enorme pero hermosamente decorado, apoyaba su mano derecha en el alfeizar para mantener el equilibrio de la pequeña inclinación que estaba

haciendo para asomarse. Me di cuenta en seguida que me miraba fijamente. Imaginé que mi sorpresa ante una nueva presencia atisbada desde mi ventana no era la única. Quizás él también se sintiese sorprendido al ver que al otro lado había alguien asomado, mirándole... Como un espejo. Pues yo también mantenía aquella misma postura sin darme cuenta.

Su mirada era fría y penetrante, con unos ojos impresionantemente negros hundidos en unas cuencas arrugadas y desgastadas por un insistente paso del tiempo. No parpadeaba en absoluto, y sus movimientos corporales eran nulos. Parecía una estatua sólida tallada en mármol con un minucioso nivel de detalle. Me resultaba inquietante mirarle durante tanto tiempo indefinido, pero me era casi imposible apartar la mirada. Había algo en aquel cuadro que me lo impedía.

Por suerte el viento se detuvo, y las cortinas volvieron a cerrar su telón lentamente. Pero aquella mano que se apoyaba en el alfeizar seguía aferrada al mismo con insistencia. Al hombre no pareció importarle el suave manto que yacía sobre su brazo. O quizás sí.

Porque al fijarme mejor aprecié cómo aquella huesuda mano se tensaba al apretar lo que aferraba. Esperé durante unos segundos para ver si finalmente retiraba la mano hacia el interior, pero no lo hizo. Esperé unos segundos más, pero no movió su mano ni un ápice. Pasados lo que parecieron un par de minutos decidí volver a mis quehaceres imaginando lo inútil que tenía que parecer mirando a un señor cuyos actos no eran de mi incumbencia. Un señor mayor apoyado en una ventana, ¿realmente era motivo de fijación?

Sin embargo algo en mí llegó a preocuparse por algo tan simple. No era capaz de centrarme en la rutina del día sin que aquel pensamiento recurrente cruzase mi mente.

¿Seguiría aquel hombre en la ventana? ¿Su mano seguiría agarrada con empeño al

borde? ¿Vivía solo? Millones de dudas empezaron a carcomerme por dentro poco a poco en torno al enigma. Y sólo deseaba volver a mi habitación y volver a asomarme para comprobar si algo había cambiado o podía darme respuestas. Una pequeña obsesión se hacía cada vez más latente. Pero al darme cuenta de lo lamentable que podía verme desde fuera si salía corriendo a comprobar cosas tan absurdas guardé la compostura hasta la noche.

Eran las 9. Como ya estábamos entrando en noviembre, la noche lo cubría todo a horas tempranas en la tarde. Por lo que a esas horas ya estaba lo suficientemente oscuro para que fuese difícil vislumbrar detalles en la distancia. Pero la mano de aquel hombre no pasó desapercibida ante mis ojos. Allí seguía agarrada, en el mismo lugar. Intuí que no se había movido absolutamente nada. Las cortinas seguían descansando sobre su brazo tintineando levemente por el ligero temblor que el hombre hacía al empeñar su fuerza. Probablemente, la inclinación de su cuerpo y el peso del mismo ya le estarían haciendo estragos... ¿Realmente se había quedado allí apoyado durante todo el día?

Forcé la vista un poco más. Había algo más extraño que el temblor de su mano. Y es que una hilera de gruesos hilos negros discurría desde sus dedos por la pared hacia abajo. Como un líquido espeso que se derramaba. De hecho, alrededor de sus yemas parecía incluso emborronarse por el roce del temblor de la piel. Mi corazón dio un pequeño vuelco. <<¿Sangre?>>, pensé alarmado. ¿Tanta fuerza estaba haciendo que se estaba desangrando? ¿Necesitaba ayuda y no sabía cómo pedirla? ¿No había nadie más con él? ¿Debía llamar a urgencias? Más y más dudas, por si no hubiesen suficientes.

De nuevo la brisa volvió a soplar de manera gradual, balanceando las cortinas al principio de manera sutil, descubriendo lentamente su figura, empezando por su delgado brazo, y poco a poco el resto del cuerpo, que también llegué a percibirlo temblando en

la penumbra del interior de la habitación. Y la brisa ofreció un soplado mayor para las cortinas aportando una ondulación lo suficientemente amplia para descubrir, finalmente su rostro...

Un rostro pálido y desencajado, aún más pronunciado por el envejecimiento, donde la piel se hundía violentamente en cada arruga, en cada mancha, creando horrorosos surcos y contrastes. Pero el contraste mayor se pronunciaba en sus ojos, más hundidos de lo que habían estado en la mañana, más abiertos y desencajados de lo que podría esperarse de un humano. Y sus pupilas ya no eran negras, sino blancas y mortecinas, como si la pupila no existiera, como si fuese un líquido luminiscente, que brillaba con cierta intensidad. Y sus ojos empezaron a llorar, y lo que parecieron en un principio lágrimas en escasos segundos se convirtieron en borbotones que le cubrían el rostro, una boca oscura y con pocos dientes que balbuceaba sin sonidos y que también derramaba líquido oscuro y espeso, el cuello que bailaba y se estiraba de formas imposibles sobre un cuerpo que se iba desestructurando diabólicamente y transformándose en una forma que dejaba de ser humana.

Quedé totalmente embelesado por el miedo, no fui capaz de articular ningún gesto que me ayudase a escapar de allí, o a huir de aquella ensoñación si por algún casual estuviese alucinando. Aquel demonio que se estaba formando frente a mi ventana extendió su horrenda sombra para atraparme y encerrarme para siempre en una oscuridad agonizante.

Las persianas volvieron a sepultar en la oscuridad aquel piso hasta que un próximo inquilino volviese a asomarse de nuevo por aquella ventana del piso de enfrente.